

EL VUELO

Lydia empezó a despertar lentamente y, medio adormecida, intentó identificar el monótono ronroneo que llegaba a sus oídos.

Poco a poco fue recobrando la consciencia y recordando dónde se encontraba: el vuelo 517 de *Continental Airlines*, en el que regresaba a casa desde Los Ángeles dónde se había sometido a una delicada operación de la que había estado a punto de no recuperarse.

Lentamente abrió los ojos e intentó distinguir algo a través de la ventanilla situada a su izquierda, exactamente junto al asiento que ocupaba. Sin embargo la oscuridad era absoluta y no se apreciaba nada más que la luz de posición parpadeante situada en el extremo del ala del avión.

Mientras intentaba desembarazarse de los últimos retales de su reciente sueño, sus sentidos empezaron a percibir alguna cosa fuera de lo normal: la aeronave transportaba a casi 200 pasajeros y sin embargo el silencio que reinaba en el interior era absoluto.

Lydia giró la cabeza a su derecha, dónde se sentaba aquél amable muchacho que momentos antes del despegue le había cedido gentilmente el asiento para que pudiera disfrutar de la hermosa iluminación nocturna de las poblaciones de la costa de California.

En un primer momento no comprendió lo que estaba viendo. En el lugar que ocupaba el chico ahora había algo negro y retorcido. Poco a poco su mente fue abriéndose a la realidad y reconociendo las formas del objeto.

La piel oscura y reventada del cadáver dejaba ver los pedazos de carne sanguinolentos que alguna vez habían sido músculos de un cuerpo joven. Los labios agrietados se habían replegado sobre sí mismos dejando a la vista unos dientes obscenamente blancos que mostraban una macabra mueca final. Algunos jirones de pelo colgaban aún de un cráneo prácticamente liso y oscuro.

Lydia cerró los ojos y chilló. Chilló y siguió chillando durante un tiempo que le pareció eterno. Con el corazón a punto de estallarle en el pecho miró de nuevo con la esperanza de haber sido víctima de una pesadilla.

No era así. El cadáver calcinado seguía allí, junto a ella con su mirada de cuencas vacías y la boca abierta en un último y mudo grito.

Con las manos temblorosas, y después de varios intentos infructuosos, Lydia consiguió desabrocharse el cinturón de seguridad y ponerse en pie.

Desde su asiento, situado prácticamente en la cola del avión, podía ver al resto del pasaje. Todos y cada uno de los asientos albergaban cadáveres quemados y retorcidos.

Intentando no perder la cordura Lydia se desplazó hasta el pasillo de la aeronave procurando evitar cualquier el contacto con lo que quedaba del cuerpo su de compañero de fila.

Ahora podía alcanzar a ver el contenido del compartimiento de cola: los asientos destinados a los auxiliares de vuelo estaban ocupados también por los restos calcinados de dos azafatas. Sobre ellos podía distinguirse aún pedazos de los uniformes oficiales de la compañía.

Poco a poco avanzó en dirección a la cabina de mando. A uno y otro lado decenas cadáveres de miembros retorcidos ocupaban las plazas que les habían sido asignadas.

Una vez frente a la cabina empujó la puerta, que se abrió lentamente.

Los restos de los pilotos se encontraban aún su lugar frente al tablero de mandos. Ambos mantenían lo que quedaba de sus manos asiendo fuertemente las palancas que controlaban el vuelo del aparato. Sus cuerpos mostraban la tensión de unos últimos instantes de vida en que aparentemente intentaron evitar desesperadamente una catástrofe que finalmente se produjo de forma irremediable.

El reloj que estaba situado sobre el panel de control mostraba, de forma fija y parpadeante una misma hora: 22:40.

Lydia consultó de forma inconsciente su reloj de pulsera: marcaba las 22:35. ¿Cómo era posible?

Calculando que llevaba despierta unos cinco minutos y suponiendo que lo que fuera que le había ocurrido al avión fuera a suceder hipotéticamente - y según su reloj - dentro de otros cinco, todo el pasaje había perecido hacía 10 minutos.

10 minutos. El cirujano que la había sometido a la delicada intervención quirúrgica de hacía pocos días le explicó posteriormente con semblante serio, que durante la operación se habían producido algunas complicaciones inesperadas.

Durante unos momentos críticos su corazón se había detenido. Todo el equipo médico luchó con intensidad para recuperarla y finalmente la devolvieron a la vida, una vida que había abandonado su cuerpo durante unos minutos. Exactamente durante 10 minutos.

Así pues la vida le gastaba ahora una siniestra broma. El pequeño lapso de su existencia en que había estado muerta le era ahora restituido en una tan trágica como estéril prolongación de sus últimos instantes.

Consultó de nuevo su reloj: las 22:39. Su postrer minuto.

Lydia sintió como una ola de calor de calor invadía su cuerpo, que en un instante se convirtió en un aullante antorcha humana.

Un momento después ya formaba parte para siempre de los 200 muertos del vuelo 517, calcinados en una enorme bola de fuego tras su trágica su colisión con el Airbus de British Airways.